

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
NÚMERO EXTRAORDINARIO.

NÚMERO 209

Madrid Noviembre de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.

LA PASTORA





UN APUNTI...POR PICOLO

LA PRIMERA BAILARINA

I
Aquella inverosímil resistencia traíale al prócer preocupadísimo; no volvía de su asombro. Era la primera estrella del arte coreográfico a quien se echaba su monóculo que no se rindióse a discreción, fascinada. En cuanto la vio la noche de su debut se quedó prendado de su gallardía; en seguida se hizo presentar en su camarín, y en su cuarto le pareció magnífica, en su cuarto le resultó adorable.

Pero el prócer no era uno de esos aristócratas atiborrados de festejos, con cerebro de bucy bajo el embandolinado cabello, que no ven más allá de sus narices. Por algo figuraba su nombre entre los secretarios de embajada, y por algo se acudía a él cuando las exigencias de la política internacional exigían un agente diplomático de confianza en una corte extranjera. Así, en cuanto entró en colloquio con la bailarina y la oyó hablar, se convenció de que no se trataba del montón de carne vulgar a quien se deslumbraba con un aderezo. Le recibió con exquisita cortesía; pero con una dignidad tal, que le obligó a saludarla como a una señora.

Sin embargo, el diplomático, metido toda su vida entre bastidores, conocía a fondo la gente de tablas, y su experiencia presuntuosa, lastimada por aquel inesperado encuentro de la virtud, pasada a primera impresión, lejos de su bailarina, se rebeló contra su dignidad de persona honrada, y la achacó a sistema. ¡Bah! Pero cálculo. Una mujer lista, que comprendía el valor de su belleza y que la regateaba; pero al fin cedería. Era cuestión solamente de saberla tratar, de no confundirla con la turbamulta y no herir su delicadeza.

Se equivocó de medio a medio.

Pasó el tiempo; la estrechó por todos los modos imaginables, le abrumó a ramos de flores; entordecido de que ella deliraba por las rosas de té, no le faltaron nunca en su camarín; prueba de cariño que él creyó la más eficaz, porque la estación exigía pagarlas a peso de oro. Nada. Inconmovible. Una sonrisa amable; pero el hielo de las mordiscones entonces los celos; se dio a aguardar, y averiguó que desde el teatro se iba en su coche a un hotelito vecino al Hipódromo. Mas cuando a la mañana siguiente, continuando sus exploraciones, trató de sobornar al portero, se quedó absorto y aturdo. El guardián negro que allí habitara semejante bailarina. ¡Pero si la había visto entrar la noche antes! ¡Pues estaba equivocado!

La aventura le desconcertó por completo. No le cabía duda que la bailarina proponiase ocultar a todo trance su domicilio. Pero ¿por qué tal misterio? El diplomático se estremeció de ira. Un amante. La tildó entonces de hipócrita, sin considerar que no tenía ningún derecho sobre ella. Y como consecuencia de su descubrimiento, furioso ya y roído por el despecho, redobló sus ataques con tal vehemencia, que puso en un grave aprieto a la desdida. Ahora o nunca, pensó el aristócrata, comprendiendo la situación de la pobre mujer. Y fue ahora.

Una noche le dijo misteriosamente la bailarina:

—Concluida la función, le espero a usted en mi coche. Para que nadie nos vea, aguardará el carruaje en la plaza de Oriente.

¡Al fin! Una cita en toda regla. ¡Ya decía él!

II

Despidióse de sus colegas de casino y de palco antes de terminar la función, para que le dejaran libre, y se marchó a pasear por las alamedas de la plaza. Soplaban de la sierra un viente cillito sutil y frío; no lo advirtió, y no se cuidó de abotonarse el saco. Con la mente llena de esas ideas locas y extravagantes que surgen en momentos de gran emoción, se quedó un instante contemplando el Palacio Real, y se le ocurrieron no sé qué reparos arquitectónicos. Contó luego tres o cuatro veces las estatuas del

jardín central. Impacientóse. Al cabo se acercó al trote una berlina, que se paró en el sitio más oscuro. Se aproximó el diplomático. Era ella, y subió, arrancando el coche a escape.

El prócer esperaba un movimiento de efusión en la bailarina. La penumbra del carruaje le dejó entrever una mujer fría y grave, la estatua de siempre, que le decía con singular laconismo:

—¿Siéntese usted!

Y pronunciadas tales palabras, se arrojó en un abrigo y se recostó en el almohadillado del coche como si durmiera.

El diplomático perdió la cabeza, sintió en el rostro un súbito fuego y no supo lo que le pasaba, quedándose en un rincón, encogido como un tímido colegial. ¡Si le hubieran visto entonces sus amigos, a él, al invencible, al conquistador, al hombre de mundo, no atreviéndose ni a rozar su pantalón con el vestido de la bailarina!

—Pues, señor—pensó para su gabán,—lo que es esta mujer podrá caer en mis brazos dentro de media hora; pero nadie lo diría, a juzgar por el prólogo.

En un instante de efervescencia estuvo a punto de despertarla y exigirle una explicación; pero le temió al ridículo, y aguardó. Era tan distinta a las demás la estrella coreográfica! ¡Quién sabe aún!

Atravesaron todo Madrid y se detuvieron en un hotelito que ya él conocía, a lo último del barrio de Salamanca. La bailarina se despertó con sospechosa oportunidad, abrió el lienzo la portezuela, bajóse el prócer, dió la mano a la artista, y ella, una vez en tierra, dijo al cochero:

—No desenganches, y aguarda aquí.

Sudores de muerte le entraron al prócer al oír la orden; pero ya no podía retroceder, y se calló, ofreciendo el brazo a la bailarina. El diplomático volvióse todo ojos, y ante el cariz que tomaba la aventura no se atrevió a pensar en mesas de dos cubiertos, en succulentos manjares ni en cuartos iluminados débilmente por una lámpara.

La artista, silenciosa y fría, le guió por una serie de gabinetes lindísimos que trascendían a la legua por su decorado a estancia de mujer, y por último, entraron en una alcoba vestida de seda celeste, en la que se veían dos lechos, uno de talla, de persona mayor, con elegante patellón descortinado, y uno diminuto, de niño, con el patellón echado. Un tulipán eléctrico, colgando del techo, bañaba el cuarto con un suave resplandor.

La bailarina se dirigió a la camita, levantó las cortinas y el prócer descubrió dulcemente dormida una niña como de seis años, de blondo cabello, con los brazos de nieve fuera de las sábanas.

—He ahí el amante que usted sospechaba!—exclamó la bailarina con sencillez. Luego que el prócer contempló la interesante criatura.—Es mi hija, é ignora en absoluto la profesión de su madre, que yo la oculto cuidadosamente. ¡Pues por ella le juro a usted que mientras viva no echaré yo una sola mancha

sobre su frente! ¡Quiero usted ahora que continuemos siendo amigos!

El acento de la bailarina era tan dulce y tan casto, que el prócer sintió a la vez una llamarada de vergüenza y una emoción muy honda; y cogiendo la mano que se le tendía y estrechándola con respeto, murmuró balbuciente:

—¡Me he equivocado! ¡Perdón!

III

Un mes después una elegante y juvenil pareja, con una niña rubia, partía en el sudexpreso para París, y a la vez rodaba por los circuitos y salones aristocráticos madrileños una noticia estupenda: la de que la Biondi, la primera bailarina del Real, había roto su contrato y convirtiéndose en la baronesa de Saltoja, trasladándose con su marido al nuevo destino de éste en Moscú.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

A LOLA

La poesía, en esencia, existe en tu corazón, donde tienes en fusión la fe, el amor, la inocencia, la esperanza y la ilusión. Sin palabras, sin medida, sin versos, sin consonantes, ahí la llevas escondida... ¡Ella, en todos los instantes, llena el libro de tu vida!

JUAN JOSÉ HERRANZ.

SIETE PALMOS

(SONETO INSPIRADO EN UN VERSO DE TOLSTOI)

¡A algún hombre la muerte, cuando quiero la Tierra toda que su mente sueña, y cuanto más le da, más el se empeña más tierra en adquirir, y más adquiere. Si ha de gozar cuanto adquirir espere, la tierra es toda a su ambición pequeña; y más y más lo que adquirió desista, y más y más ambicionando, muere. Murio: su corazón ya no palpita; ya está la fosa abierta, y anhelante al cuerpo muerto a descansar invita. El seno de la Tierra, siempre amante, ya la tierra le da que necesita; siete palmos de tierra, ¡y es bastante!

MIGUEL JIMÉNEZ AQUINO.

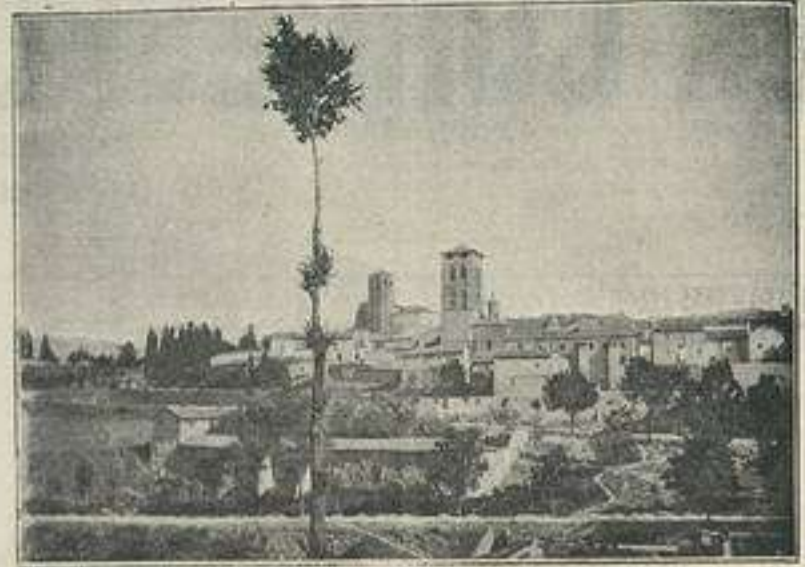
UN ANGEL

Allí la vi, bajo la oscura nave del gótico santuario arrodillada; sus dulces labios, al amor no abiertos, una oración purísima rezaban, y el tibio sol de sus tiernos ojos cubría su falgo envuelto en lágrimas. Volada por la noche del incienso, que el sacerdotote arde alzar a ti, aquella niña pálido y hermosa fue a mis ojos el ángel de mi guarda. ¡El ángel de mi guarda! Yo le he visto en el primer día de la mañana; es el rayo de luna que al frente, abatida al peso, pidiendo báña; yo le he visto en mis sueños de ventura; despliega sobre mí sus niveas alas, vierte en mi pecho bálsamo divino y con su diestra el cielo me señala. Tú eres aquella niña que del templo la angusta oscuridad iluminaba, ángel que en sueños la inspirada mente para la tierra al cielo arrebatara. ¡Tal vez librásteis la Rusia que un día en dulce halago acarició el alma! Mas ¿qué digo! ¿por qué al que navega de la vida en el mar, sin esperanza de ver llegar el faro que le guía a la risueña y aspirada playa, que sabes tu del mundo y sus engaños, flor que no abre al beso de las naves!

LUIS MONTOTO.

UNA CARTA VULGAR

¡Cómo llegó a mis manos! No lo sé... Acaso envolviéndome unos guantes olvidados en casa de una amiga y recogidos por criada indiscreta... Quizás contenido en sedas ó algodones de un comercio; acaso impulsada por el viento entre un torbellino de polvo ó convertida en estrujada bola y arrojada a mi balcón por muchacho travieso... No sé cómo... pero llegó.



SEGOVIA.—UNA VISTA

¿Quién puede presumir adónde irá a parar el pensamiento escrito? Mi corazón del alma acariciados por la esperanza y embellecidos por la fantasía, se exponen a mil profanaciones si en un momento de descuido se apodera de ellos la punta de una pluma. Impresiones que entretejió un cuarto de hora de nuestra vida, tienen más que nosotros mismos, si la imprudencia los confió a un papel.

Boja en que escribo mi nombre, tú me sobrevivirás... ¡Qué vale, ¡ay! el ser del hombre, cuando un papel dura más!

Esto escribí, pensando lo que yo ahora pienso; pero diciéndolo como sabía decir las cosas, el hombre que honra el Parnaso español con el nombre de don Juan Eugenio Hartzenbusch.

La carta, pues, llegó a mis manos; carta vulgar por su papel y aun más por su letra y ortografía.

Era una carta de mujer, y aunque haya adelantado mucho en este último tercio de siglo la educación de nuestro sexo, son pocas las señoras que hacen un papel alroso escribiendo sin tocar en los extremos de la frivolidad ó la pendería.

La carta que yo tenía en mis manos no acusaba ciertamente estas faltas en quien la escribiera; era una carta de mujer medianamente educada y que acusaba una sencillez generalmente desdenada en la vida. Estaba dirigida a otra mujer, y después de las fórmulas obligadas entre amigas que no se han visto hace algún tiempo, decía así la honrada mujer que la escribía:

«¿Conque tu marido viaja hace algunos meses? Te compadezco mucho, porque si tal desgracia me aconteciera, creería que no salía el sol para mi casa ni para mí.

«Es verdad que aunque criadas juntas, nuestra suerte ha sido muy distinta: tú casada con un gran señor, yo con un modesto empleado, has disfrutado mucho más del mundo, y varias veces leo en los periódicos tus brillantes fiestas, sintiendo cierta amargura por la oscuridad en que pasa mi vida; pero al punto me consuelo, y no te envidio, porque en cambio tu marido está siempre lejos de ti, pienso negocios! rara vez me escribes diciéndome que está a tu lado... Por eso todo tiene su compensación en la vida, y la de los pobres es vivir más unidos y con mayor cantidad de afecto. El año anterior pudo ir mi marido a la Exposición de París, agregado a una comisión, y no fué, ¿sabes por qué? Vergüenza me da decirlo! Tenía casi seguridad de que le darían billete de «gracias» en el ferrocarril para llevarme a mí... yo estaba loca de gozo! ¡Ver París, qué sueño tan hermoso! Le engañaron; no me podía llevar, y al ver mi desencanto renuncié el viaje... Yo le rogué mucho para que se fuera; pero lloré de alegría al ver que no se marchó... No se lo cuentes a ninguna de tus amigas porque se reirían de él y de mí!

«Como verás por estos detalles, mi vida es muy tonta; ni al teatro voy. Por la noche mi marido repasa sus lecciones a Pepe, mi hijo mayor; yo desnudo a los pequeños, juego y retozo con ellos, y ya ves, si me fuese tendría una criada que robarme esta alegría, la más legítima que tienes a tu Concha interna en un colegio de París; envidio lo mucho que aprendiera; pero yo, en cambio, no me separo de mi María... Bien conozco que desvarío. Soy una pobre mujer que vive en el siglo pasado; con razón nos dió el destino distinta suerte.

«No extrañes esta carta tan mal escrita, porque la trazo muy de prisa; mi María me interrumpe a cada paso para que le diga como ha de hacer un sombrero a su muñeca, y Julio se sube por el respaldo de mi silla, amenazando a cada instante a su existencia.

«Adiós; no me olvides en medio de tus grandezas y placeres, porque los míos modestísimos se completan con el recuerdo tuyo como el de una hermana, cuyo afecto vive en mi corazón.»

Esta era la carta; carta vulgar, que escribe cualquiera mujer que cumple como debe sus deberes de esposa y madre, que son la mayoría, por fortuna; pero, sin embargo, al leerla, mi pensamiento se fijó en la profunda diferencia de una y otra esposa, de una y otra madre. Comparé la brillantez de una existencia dotada ricamente por la naturaleza y enervada entre las frivolidades de la vida, y otra rica en afectos y virtudes que engendran hombres de bien y mujeres honradas; copié la carta y la doy a conocer, convencida de que nada nuevo digo en ella; pero no son tampoco nuevos la lluvia ni el sol en la naturaleza, y ellos cubren de mieses los campos, los valles de flores y los árboles de fruto.

JOAQUINA BALMASEDA DE GONZÁLEZ.



FANTASÍA

I

El mes de octubre mediaba, era la tarde serena, tranquilo el valle dormía amido en su calma eterna. Los resplandores solares no fecundaban la tierra, que su calor mitigaban tenues girasoles de siebla. Ansioso de recorrer el pueblo, emprendí la senda que al ocidentario conduce desde la dorada vega.

El camino alfonbraba de hojas secas; hojas por el frío horridas, hermanas de mi alma enferma... Los tonos crespasculares envolvían ya la aldea cuando a descansar paréme en una frondosa selva, donde la Cruz redentora, invencible y santo emblema, tiende sus brazos enormes, que el tiempo cubrió de hiedra.

II

Temiendo que en aquel sitio la noche me sorprendiera, traté de salir al campo, mas fue infructuosa mi empresa. Solo el toque de oración, y al llegar la noche tetrica, como el montes y llanos el fragor de la tormenta. Temblé entonces, tuve miedo; ¡temblé, si! ¡que hombre no temblaba cuando el que todo lo puede el freno a sus iras suelta! En mi terror olvidéme de las cosas de la tierra; pensé en Dios, vi la Cruz santa y corrí a abrazarme a ella.

III

Cuando acude a mi memoria aquella sublime escena, siento dolor y alegría, siento placer y tristeza. Placer, pensando en mi madre, que me dejó por herencia con su amor al desgraciado su fe inquebrantable y ciega. Pena, al pensar en la niña por quien tengo el alma enferma, en esa niña que ignora lo que la Cruz representa.

LUIS BARREDA.

Rotander 17 noviembre 1884.



HUMORADAS



En cuanto al bien y al mal, nada hay lejano; todo se halla al alcance de la mano.

¡Feliz quien, como un canto del camino, se deja ir y venir por el destino!

Hay seres con el alma más pesada que el barro vil sobre que va encamada.

CAMPOAMOR.

DUALIDADES DEL ALMA

agitaban con los estremecimientos del calorío.

La nieve con su infinita tristeza, caía en blanquitos copos sobre la villa de Madrid. Era de madrugada. Un grupo de obreros emborazados en sus capas, salía de una taberna situada en la calle de Atocha y bajaba hacia el paseo de este nombre.

El más joven de ellos, alto y fornido, sostenía desvergonzado diálogo con otro de sus camaradas viejo y de abatido cuerpo. Ca la palabra era una injuria empapada en aguardiente que abrazaba como un áscua y hedía como hiede el vaho espeso y caliente de los brachos.

No presume usted más—dijo el anciano a su joven contricante.—Véngase solo conmigo, que para matarse dos hombres, pedíos no hace falta tanta gente.

El mozo, respirando todos los fururos de la ira, destacóse bruscamente del grupo, enrolló en el antebrazo izquierdo la capa y arrastró al viejo por el cuello. Acto continuo, sin dar treguas á la ófera ni tiempo á su adversario, descargó sobre el hundido pecho de éste una puñada tremenda, á cuya conmoción, casi mortal, el cuerpo del viejecito comenzó á buscar el suelo, si bien—por un esfuerzo de supremo heroísmo—con la dificultad de lo que se resiste á caer, con la pereza de los vencimientos gloriosos.

Disponiase ya el joven obrero á tirar de la navaja, cuando otro, centelleando cólera por los ojos, caído el embozo, medio descubierta la oscura y desgredada cabellera, adelantóse arrogantemente y sacudió en la mejilla del vencedor un bofetón de enojo vuelto que le obligó á rodar, casi sin sentido, por la encenagada nieve de la calle.

—Granuja!—exclamó—solo le pegas á los viejos.

Y sin agregar más, sin saborear las felicitaciones y halagos de sus compañeros, que admiraban la nobleza de su conducta y el vigoroso razonamiento de sus puños, se alojó de ellos, tranquilo, satisfecho, á la manera del hombre hoi-rado que ni busca ni acepta el premio de los deberes-cumplidos.

II

En la tarde de ese mismo día otras escenas se representaban en una guardilla de la calle del Olmo. Dos criaturas, rubia la una y bonita como un ángel, morono el niño, pálidos ambos, dormían bajo la providencia de su madre, sueño pesado y hondo, cual si un letargo de plomo gravitara sobre sus cuerpecitos. Inmóviles en un montón de paja, juntas las cabezas, casi besándose entre las sonrisas que entreabrían sus descoloridos labios, solo de vez en cuando se

Arrodillada ante la imagen del Santo niño, que dentro de limpio y cuidado facial descansaba sobre pobre mesa de blanco pino, una mujer delgada y de belleza melancólica, fijas las miradas turbias de lágrimas en el rostro del Niño Dios, elevaba á los cielos esas plegarias de las madres que buscan en la contemplación de los hijos todo el ostro del cariño y en los besos de estos amores el ritmo todo de su dulce poesía. Concluido el rezo tornó los ojos á los niños, corrió hacia ellos, y llorando y sonriendo como si el dolor y la alegría relampaguearan en su alma, besólos trastornada y codiciosa. Despertó la niña y citó con sus brachitos desnudos y lividos el cielo de la madre.

Y exclamó como si gimiera: —¡Tengo hambre!

Al pronunciar esta frase, dirigió la dolorida mirada de sus inmensos ojos azules al rincón opuesto de la guardilla donde había una cocina portátil, á la sazón sin lumbré.

—Si, vida de mi alma... tu padre viene en seguida... y comeremos todos.

—¡Mi padre!—repuso la niña un tanto asombrada.—Mejor será que no le esperemos... ¡Si él no viene nunca!

Un golpe recio aplicado á la puerta, hizo levantar de sobre el jergón á la joven madre, que corrió á ver quien llamaba.

La pequeñita, temblando de frío y miedo, se acurrucó de nuevo. Entró en la habitación una mujer del pueblo, medio jadeante, la cual refirió lo que sigue:

—Si es lo que yo digo, señá Lorenza; si usted tiene que estar muy oronda con su marido. ¡Vaya! Figúrese usted que muy de mañana ¡zas! le señaló en la cara á ese perdido de Julián el hijo del tío Gregorio ¡estaste!... los cinco mandamientos, pero con macho corazón y remuchísimo salero. ¡Y que el señor Juan tie buenos puños, que el Señor se los conserve!... Pus decía que ese embustero de Julián se alumbró en la taberna ¡como que es un curda! y se echó encima de un pobre abuelo y le puso hecho una lástima. Entonces el señá Juan—que si le cascá á usted las hienras es porque la quiere como quieren toos los hombres, lo propio que mi Joaquín, aunque me esté mal el decirlo, que me atiza cada felpa; pero en fin yo no debo meterme en los lios de ustedes—pus ná: que el señor Juan, que tie un corazón más grande que toa la corte, puso las peras á cuarto á ese arrastrao de Julián y le zurró como á una alfombra y le dijo que era tan mandría como un señorito y que no regañaba sino con las mujeres y los viejos. ¡Si usted lo hubiera visto! Yo no lo vi, pero es lo mismo, porque lo vió mi Joaquín y me lo contó y yo veo por los ojos de él... Vámos, galana, déme usted un abrazo y vi-

va el señor Juan, y usted y esos arrapiosos! Y me las guillo que tengo que dar de comer al pariente que me aguarda. ¡Adiós!

La señá Lorenza escuchó arrobada la descripción de la mujer y de todo corazón la abrazó en pago de la buena nueva que la había traído.

El alma apasionada de Lorenza, orgullosa de Juan, su único dueño en la tierra y, lo que es más, el padre de sus hijos, experimentó un afán immoderado de balagar más que nunca á su marido.

III

Lorenza fué por un momento feliz. ¿Y cómo no, si era la mujer legítima de Juan, el intrépido defensor del atropellado anciano?

Lorenza se había casado enamorada de Juan con el primero y único amor de su vida. Juan era un mozo de 28 años, hijo del pueblo y del trabajo, y su belleza energética parecía una revelación inspirada en la belleza típica del hombre. En el duro y soberano mirar de sus ojos, hondos y negros como abismos, leíase correctamente una página importante de su espíritu: la independencia fiera del carácter. Pero esos ojos despiertos tuvieron rayos de celeste luz para los tiernos y dulces de Lorenza que recibían todo el esplendor de los relampagueantes amores que brillaban en los de Juan. Lorenza era una estrella enamorada del sol.

La nota dominante en la belleza de Juan advertíase sobre todo y muy principalmente en la armonía clásica de su cuerpo. Con la mirada señorial, digámoslo así, convenia lo aventajado de la estatura, la amplitud de la espalda, la gracia del andar, el donaire de los ademanes, el desarrollo de los músculos y la airosa gentileza de las actitudes.

Ella poseía una lindeza delicada. Blanca y pálida, de facciones aniñadas, azules y adormecidos los ojos, el cabello rubio y abundoso, encendidos los labios á modo de dos pinceladas de púrpura; alta, esbelta y de correctas y delicadas curvas.

A los principios de su matrimonio, Juan apenas frecuentaba la taberna. Deslizábase su existencia entre las herramientas de carpintero y el culto devotísimo de sus amores. Pero ¡ah! la taberna tiene sollicitaciones invencibles.

En la taberna se adquieren relaciones con improvisados amigos, se bebe una copa de lo añejo y luego una de poleada, y el paladar se caldea y pide fuego y el fuego es el aguardiente. ¿Y cómo es posible que un mozo de pelo en pecho se pare en barras y haga ascos á una copilla de Anís del Mono? ¿Que se alegre uno alguna vez? ¡Acaso hemos hecho votos de sobriedad? Por otra parte, en sabiendo contenerse á tiempo y no tomar precisamente la que hace daño, no hay nada que temer y la alegría, después de todo, da cierto aspecto decoroso muy parecido al de las personas decentes cuan-

do pillan una tagarnina de Jerez ó de Champagne.

Esta fué la lógica que condujo á Juan, por sus pasos contados, á sentar plaza en el numeroso ejército de los borrachos. Llegó hasta el extremo de pimparse cada día treinta copas de monomofuerte. Al entrar en esta época de la embriaguez le habían ya nacido Luisita y Ramón, un par de gateras, como él decía, que se lo estaban comiendo por un pié, y o pretexto de que no encontraba trabajo se pasaba hasta el amanecer en la taberna, de donde salía con dirección á su casa haciendo eses por las calles y dispuesto á que su mujer, molida á palos, cantase el credo.

Tal era la situación de los esposos en el período á que se refieren los acontecimientos que relato.

IV

Lorenza, más prendada que nunca lo estuvo de su Juan, no bien se dió cuenta del comportamiento de aquél en el paseo de Atocha, todo lo olvidó... Olvidó á Luisita que de nuevo dormía junto á su hermano. Ocupábase el pensamiento su marido, á quien el cariño acendrado que le tenía y su envanecido amor propio concedían el lauro y aspecto de héroe legendario. ¡Nada! aquella noche tenía que recibirle con más tiernas caricias, con más dulces agasajos, con sus más sentidas ternozas, con sus mimos más escogidos; pero también era preciso que ella se acicalara un poquito para merecer los favores del héroe. Dicho y hecho: la joven tomó un espejito pequeño como sus necesidades y limpio como su conciencia, y le coigó en un clavo dispuesto en la hoja de la puerta de su alcoba.

En aquel solemne momento subía la escalera y llegaba al fin el rey de la casa: Esta vez no venía ábrío pero si taciturno y sombrío.

Lorenza se echó en sus brazos, pero fué rechazada con violencia.

—¿Tíes cuartos?—la preguntó el despóta.

—Vamos! dame un abrazo, Juan—insistió ella.—Lo sé todo... Ahora te quiero más.

—Quita allá!... Pus si lo sabes tóo... mejor. ¿Pero no tíes ni un chal?!

—Pero, ¿cómo quieres que tenga dinero? Ya no hay ropa que coser ni de la nuestra ni mal trapo que empeñar. Además, si la tuviese, sería para dar de comer á nuestros pequeñuelos que hoy no se han desayunado siquiera; ¡y son las siete de la tarde!

Sin poner comentario á las palabras de su mujer, pasó Juan la mirada desde la puerta por el interior de la guardilla, y como hablando consigo mismo, murmuró:

—Ni una mala ensugal y volviéndose á Lorenza la dijo:

—La Lola vale más que tú. Se sacrifica, y lo busca, y lo encuentra; pero tú...

—La Lola!—rugió aquella—ana bribona, fea, sí, muy fea, una arrastraa, una

sin vergüenza. Vete con ella, anda, y yo viviré para mis hijos, que son más míos que tuyos, porque he sabido parirlos, y se criarlos, y se quererlos, y tú...

—¡Basta de charla!... que voy á pillar la jarreca... ¡Hazme la cama!

—No; si tienes que oírme.

—Voto á... No me has oído, ¿ó es que tíes ganas de bronca? Hazme la cama te digoooo!

Lorenza rompió á llorar sin moverse de su sitio. Juan arrojó la capa sobre la mesa, se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y contoneándose de un lado á otro empezó á cantar á media voz, aquello de

«Tengo un niño chiquitín que se llama Nicolás.»

De improviso pareció que se exasperaba y pronunció una de esas desverguenzas que queman los labios, y despertó á los niños.

—¡Dáme pan!—exclamó Ramón.

—Tengo mucha hambre—gimió Luisita.

—¡Hijos de mi alma!—murmuró la madre toda llorosa.

Mas Juan, encolerizado, con voz y gesto imperioso, la gritó:

—¡Hazme la cama!

Lorenza quiso apelar de nuevo al recurso de las caricias. Era aquél un día para ella de transacciones amorosas, y las pedía y las buscaba.

—¡Santo Dios!—dijo—tú eres bueno. No eras así. ¿Quién te ha vuelto el juicio del revés? Vámos, fíjate en esos pobrecitos. Si no tíenes pan, que tengan por lo menos nuestras caricias y nuestros besos... uno á Luisita y otro á Ramón.

Juan dió á su mujer por toda contestación una bofetada. Después registró los bolsillos, sacó de ellos varias monedas de cobre, llamó á su hija Luisa y la dijo vete...

—¡Ah!—repuso Lorenza.—Al fin comen hoy lo: pobrecitos. ¡Dios te lo pague!—agregó dirigiéndose á su esposo.

Esto, impasible, continuó: Vete á la taberna con una botella y que te den una peseta de aguardiente.

Lorenza cayó al suelo como herida de un rayo.

ALFREDO M. MORALES.



Nos vimos una noche y nos miramos: ¡que secreto poder de la mirada! Yo no morí los labios; tú tampoco, ¡y habíamos tanto, sin decir palabra!...

C. SOLSONA.

Musical score for piano titled 'Suite Tocata' by J.A. Santesteban. The score consists of ten staves of music with various dynamics and articulations. The title 'A la Correspondencia de España.' is written vertically on the right side.



PILDORAS HONCHELL
FERRUGINOSAS

Con yoduro de hierro, manganeso y manganeso.

Curan la Anemia, Clorosis y Cloroanemia. El yoduro de hierro excita la actividad de los órganos productores de los glóbulos rojos, y la manganeso, por la cantidad de oxígeno que contiene, enriquece la sangre, colocándola en condiciones de asimilarse los glóbulos colorados que en sí lleva la emoglobina. En pocos días desaparecen la dispepsia, dolores de cabeza, palpitaciones del corazón, cansancio, irregularidad de los regios y la descoloración de la piel y de la orina, síntomas principales de la anemia, clorosis y cloroanemia.

PRECIO 4 PESETAS



EL COSMOS EDITORIAL
MORÓN PASTOR Y COMPAÑIA
 LA PRIMERA CASA EDITORIAL EN España en la publicación de novelas de los principales y mas renombrados autores EUROPEOS.

Recreo e Instrucción
MADRID

Cardenal Cisneros 63 y 65 Pidanse Catálogos.

PERLAS BALSAMICAS RUSSEPPING

Cortas enfermedades que por su carácter especial merecen el nombre de secretas, se curan pronta y radicalmente sin molestias, por muy antiguas y rebeldes que sean, y sin necesidad de usar inyecciones.

Depositarlo en España: MELCHOR GARCÍA, CAPELLANES, 1, MADRID

A. L. SERRA
 Caballero de Gracia 10 y Corretes 5
 MADRID

ESPECIALIDAD EN BARRIDOS ARTÍSTICOS ANTIGUOS Y MODERNOS

SE COMPRAN BARRIDOS ANTIGUOS

HERPES

Las erupciones de la piel, las granulaciones e inflamación de las mucosas de la garganta, laringe y estómago, se curan radicalmente con el Antiherpético Sanger.

El picor y las molestias desaparecen en pocos días. Cada caja contiene 40 pildoras y se vende a dos pesetas en todas las boticas.

Depositarlo en Madrid: Melchor García.

SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA.

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ
 Con escalas en Puerto Rico y Progreso y combinación a puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.—Tres salidas semanales.—El 10 y 20 de Octubre, el 20 de Noviembre.

Línea de Filipinas
 Con escalas en Fort-Salid, Adán, Colombo y Singapore; servicio a Ho-Ho y Cebú, y combinaciones y Extrarobes y Extrarobes (Doble Servicio) Zamboanga y Manabugos (costa oriental de África), Bombay, Calcuta, Haigoo, Sidney, Davao, Hong Kong, Shanghai, Nippon y Yokohama.—Salidas cada cuatro semanas de Liverpool, con escalas en Coruña, Vigo, Lisboa (Interactiva), Oporto, Cartagena, Valencia y Barcelona, de donde saldrá cada cuatro viernes a partir del 4 de enero de 1916.

Línea de Buenos-Aires
 Con escalas en Santa Cruz de Tenerife y Montevideo.—Solo viajes anuales, partiendo de Marsella, con escalas en Barcelona, Málaga y Cádiz.

Línea de Fernando Poo
 Con escalas en Las Palmas, puertos de la costa occidental de África y golfo de Guinea.—Cuatro viajes al año partiendo de Marsella y con escalas en Barcelona y Cádiz.

Servicios de África
 Línea de Marruecos.—Un viaje mensual de Barcelona a Málaga, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Tangier, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagan.—Servicio de Tánger.—El vapor Joaquín del Piñero sale de Odris para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando a Odris los martes, jueves y sábados.

SI QUEREIS CURAR LA DEBILIDAD NERVIOSA Y ADQUIRIR EN POCO TIEMPO LA ENERGIA Y EL VIGOR DE LOS AÑOS DICHOS DE LA JUVENTUD, HACER USO DEL Regenerador Vital BRIGMANT

Pedirlo en todas las boticas ó por correo al depósito central

CAPELLANES 1-MADRID

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

admite anuncios recortados para todos los periódicos de ESPAÑA, provincias y extranjero.

Ofrece a los anunciantes industriales combinaciones de publicidad en condiciones de precios excepcionales. Envía tarifas a las personas que las pidan.

OFICINAS 67, ALCALÁ 8 Y B. TELÉFONO 517.

MAZZANTINI REAL FÁBRICA DE TABACOS DE A. DIAZ CA. PROPIETARIOS.

FLOR BUSTAMANTE MALOJA 36 HABANA

LA INGLESA ALCALÁ, 27.

CONFITERIA
 Bombones de Paris. PASTAS
 CHOCOLATES, CARRES Y TRES. TELÉFONO 800.

PARA JUGUETES

PRIMERA CLASE
J. MEDEL
 6, ALCALÁ 8, MADRID.

AGENCIA DE RICARDO STORR DE MADRID Y PROVINCIAS

para todos los periódicos

Tarifas de precios, se envían gratis a quien las pida a las Oficinas: Calle de S. Miguel, 21 duplicado, principal, toda.

Madrid

Agencia de Publicidad EMILIO CORTES

Grandes descuentos en todos los periódicos. Anuncios en los sitios públicos.

LOS TIROLESES EMPRESA FUNDADORA

MADEIRA, MADRID

MODAS PARA SEÑORAS Y NIÑOS

CORTE ESMERADO. Especialidad en cuerpos difíciles, labor, reformas y composuras. Se venden patronos. ECONOMÍA, buen gusto y prontitud.

Avda. 15, entr. 12, frente a la parada del tranvía en la plaza de ORIENTE.